

que rendirse. Cuando yo volví por el Valle, después de larga ausencia, añoré ante un hombre del país los desaparecidos bosques de castaños. El hombre me respondió:

—Es que aquello, don Antonio, resultaba «antielconómico».

La aguda y concisa lección me dejó turulato y por ella viene a conocer cómo habían cambiado también las gentes. Ignoro si un hombre del tiempo de los Melitones hubiese sido capaz de tal pensamiento. Lo que sí afirmo es que, puesto tal hombre en trance de muerte y dependiendo su salvación de pronunciar la palabreja «Antieconómico», habría perecido irremisiblemente, aún dándole, no ya una letra, sino hasta dos sílabas de ventaja.

El pueblo, sin embargo, se mantiene igual que antes. Las casas de Valle Verde se levantan sobre una empinada rampa, coronada por las ruinas de un castillo, sede en tiempos de un próspero condado. Encima quedan las estribaciones montañosas, cubiertas de jaras y robles y, por remate las altas cumbres, con su cogulla de nieve. Hacia abajo, los últimos collados se escalonan hasta el río, linde con la tierra llana de encinares y sembradura. En estos tramos es donde se encuentran los más feraces pagos de la jurisdicción.

Además del castillo, ocupan también la parte alta del pueblo la iglesia y el camposanto. La ruínosa fortaleza, de cuyos muros brotan yerbajos e higueras locas, está rodeada por una huerta llena de zarzales, cañas y plantas silvestres, en inextricable maraña. Este lugar, según dice la gente, sirve para desahogo nocturno de las ánimas que habitan el camposanto medianero. A la misma puerta de la iglesia hay un vetusto nogal que da sombra a una plazoleta contenida por muro de piedra y cerrada por pequeña verja de hierro. Desde la explanada de la iglesia se columbran, entre los tejados, plazuelas y recovecos de callejas.

Tres son las calles principales de Valle Verde: La calle Real y la de la Fuente, que descienden paralelas hasta el centro del pueblo y la calle Nueva, que cruza transversalmente la parte baja, desde la Ermita al Egido. Entre unas y otra se enmadeja un laberinto de vías tortuosas y angostas en su mayor parte, llenas de sorpresas y notas pintorescas. Han ido surgiendo a la buena de Dios, según la gente levantaba casas a su capricho. Tan pronto se atraviesa un túnel como se sale a una plazoleta de soportales, hay que cruzar un puentecillo sobre una quebradura o subir y bajar por escalinatas, en inesperados recodos.

Todas estas calles están empedradas, pero de tal manera que es preciso andar con cien ojos para no descrimarse en ellas. Continuamente bajan copiosas y sonoras arroyadas de agua por las vías públicas y como, además, hay la costumbre de verter por los balcones, a caiga quien caiga, al peligro de la costalada se une también el de resultar pringando por arriba o por abajo, cuando no por los cuatro costados.

Los edificios de Valle Verde suelen tener la base de piedra y el resto de adobes, encajonados entre alfargías y protegidos por tablas de ripia. Circula por la región un refrán que dice: «Casa, cuanto

quepas; hacienda, cuanta veas». Guiados, sin duda, por esta conseja, los habitantes de aquella tierra son capaces de talar bosques, secar gargantas, remover canchos y hasta de allanar los montes, si así lo solicitan el «rendimiento» y la «economía». Pero de sus moradas se preocupan poco. Las casas de Valle Verde, y esto no se decía en son de censura, sino como prueba de fidelidad rigurosa a los principios—, son las peores de toda la comarca. Como si estuviesen hechas al tente mientras cobro, unas se vencen a babor y otras a estribor, las hay más anchas por arriba que por abajo, panzudas y corcovadas. Las más tienen extraños entrantes y saledizos; a simple vista se aprecia que se han ido añadiendo al cuerpo principal, a manera de posdatas. En algunas se hicieron de tal manera los cálculos arquitectónicos que la puerta quedó varios palmos por encima de la calle o soterrada bajo ella y hubo que levantar escalones o excavar para dar acceso a la vivienda.

Por dentro, retiemblan al andar los muros, haciendo tintinear a los cachorros. En muchas habitaciones el suelo se cimbreo, a modo de balancín. Las alcobas de un mismo piso se encuentran a diferente nivel y hay que subir o bajar escalones para entrar en ellas. Todo se vuelven puntales, contrafuertes, apoyaturas, remiendos y corcusidos.

Contemplando la aldea a cierta distancia se pregunta uno cómo no se viene a tierra todo aquel desproporcionado conjunto de tan inestables partes, estibadas unas contra otras en liviano tenguerengue. Yo he llegado a pensar que hay, en algún lugar del pueblo, un punto preciso y clave que equilibra el todo, por razones más de milagro que de técnica. Puede ser una losa, una viga o quizás sólo un herrumbroso clavo. Cabe que cualquier día, alguien—una mujer para colgar chorizos, un muchacho jugando—, ponga sus manos pecadoras sobre lo que sea. Entonces, instantáneamente, se derrumbará una casa, caerán detrás las paredañas y con ellas se irán desmoronando todas las del pueblo, igual que un montón de naipes.

Lo dicho, dicho queda sin merma ni detrimento para Valle Verde y así ha de entenderse. Pues lo cierto es que, por más que la apariencia del pueblo sea de cosa volátil y quebradiza, ahí están sus viviendas ternas y garbosas, resistiendo el paso del tiempo mucho mejor que los hombres que entre sus paredes nacen y mueren.

* * *

Viniendo de Valle Nuevo se entraba en Valle Verde por la cuesta de la Ermita y la primera casa que se veía era la de los Melitones, que estaba en lo alto del repecho. Aunque no se diferenciaba en nada de sus circunvecinas, tenía un no sé qué de exótico. Vista desde abajo parecía más altaricona y desgarbada que ninguna, en evidente semejanza con sus moradores. Su esquina saliente,—al que daba la vuelta en el último piso uno de esos balcones corridos tan característicos del país—, recordaba algo a la proa de un barco. A espaldas del edificio se alzaba un paredón, tapizado de madre selvas y cardenillo.

La puerta principal daba a la calle Nueva. De entrada, una casa amplia y lóbrega, con suelos de barro y techumbre baja, de vigas alabeadas. A la derecha quedaba la escalera y al fondo la puerta del corral, lugar donde los Melitones hacían la vida.

El corral era espacioso y parte de él se hallaba cubierto por un emparrado. Había también un limonero que daba frutos en todo tiempo y por los muros de la casa trepaban jazmines y enredaderas. En su parte posterior, en una enramada, estaban las cochiqueras, la cuadra, la cocina y el taller de tío Melitón. Este era carrero. Por todas partes se veían ringlas de palos y tablas, ruedas de carro, vales, ejes, colleras, yugos y demás materiales propios del oficio.

La familia de los Melitones, cuando yo la conocí, se componía de seis miembros: El abuelo, el matrimonio y tres hijos, dos machos y una hembra. La Historia, de suyo caprichosa, no ha guardado con puntualidad más que el nombre de esta última: Candelas. Con mucho riesgo ya de equivocarnos, apuntaremos que quizás el padre se llamase Liberato y Adona la madre.

Pero, a falta de datos seguros, todos ellos, exceptuando a la Candelas, han de pasar a la posteridad con el mote genérico que en bloque los compendia: Los Melitones. El abuelo Melitón, el tío Melitón, la Melitona, el Melitón Grande y el Melitón Chico.

De su aspecto, algo he apuntado al hablar de su casa. Pero sobre ello, nada de cuanto yo dijese podría mejorar el cumplido autorretrato que de sí y de los suyos hacía tío Melitón:

—Nosotros, —afirmaba el jefe de la familia—, semos de por sí como los mulos burdeños: Levantaos de alza, largos de remos, duros de costillares, bien percutidos de pellejo y algo revesinos, como mos pique la mosca.

Los que habían conocido al abuelo en sus buenos tiempos aseguraban que el mejor mozo cedía ante él «en cabeza y cacho». Por San Blas, cuando echaban desde la iglesia los hilos benditos, el abuelo Melitón no necesitaba de ramas ni artilugios para llevarse la mejor parte. Se colocaba entre el gentío, alzaba los largos brazos, abría los dedos y en cuatro metros a la redonda, por lo menos, hilo que cayese, suyo era. Sus manos eran tales que tenían en cada dedo una falange más que el resto de los mortales y de sus pies no diré sino que cuando había que pisar uva le ofrecían por la faena doble soldada que a cualquiera.

Si yo pretendiese algo más que esbozar algunos rasgos sobre los Melitones, sólo con el abuelo tendría para un aparte y aún para aparte y medio. En mi tiempo el hombre era ya una verdadera ruina y no por los años, sino a causa de las mutilaciones sufridas en un accidente. Le había explotado en las manos un cartucho de dinamita cuando iba a tirarlo al río para pescar. Durante dos días no recibió auxilio de nadie. Arrastrándose, trató de salir al cordel por donde pasaba el ganado, pero antes de llegar le fallaron las fuerzas y quedó tendido boca abajo, con los colgajos de sus manos metidos en un charco. Allí lo encontraron al tercer día, desangrado, medio muerto y con el cuerpo lleno ya de gusanos.

Pero sobrevivió. Yo le recuerdo sentado en su sillón de enea, con su tosca zamorra de cordobán y en la boca siempre una pipa atacada de apestoso verdejo. Le faltaban las dos manos, una pierna y había quedado ciego, más su espíritu permanecía íntegro en lo que de su cuerpo restaba. También la lengua y la memoria las tenía expeditas y como alguien quisiera oírle, no andaba remiso en ejercitarlas.

—Abuelo, se cuente usted lo de la riña con los tres portugueses. ¿Es cierto que mató a dos?

—Los portugueses, hijo, no son hombres civiles, sino a manera de insurrectos. ¿Querrás creel, hijo, que ni saben hablar en cristiano ni entendense con las presonas?

Las gentes de Valle Verde tienen un peculiar modismo de lenguaje que consiste en convertir en eles la mayor parte de las erres, particularmente en las sílabas agudas. Hoy esto ha desaparecido casi por completo, como tantas cosas que se pierden, unas para bien y otras para mal, bajo el rasero unitario de los tiempos, que impone modos y tipos universales. Pero en la época de los Melitones, las eles estaban a la «olden» del día.

Contaba el viejo la riña con los portugueses y hasta la batalla de Lepanto, como se le apretase un poco. Pero los episodios eran lo de menos, como tampoco importaban los quilates de veracidad o fantasía que hubiese en ellos. Lo importante era su manera de narrarlos, sus adjetivos; sus eufemismos, sus circunloquios, las consecuencias que sacaba sobre los hombres y las cosas.

—Una vez mos metimos en un pueblo que era lo más grande y fuera de razón que yo me tengo echao a la cara. Con decil que no había regueras pol las calles, ni se vían cochinos, ni bestias, ni gano..., ni moscas, tan siquiera, en las tabelnas... Con que yo me apreté el cinto y me dije: «Ojo, Melitón, que estás en tierra de moros...»

En su juventud se había ganado la vida como corsario, yendo y viniendo entre Valle Verde, la Jadilla, que era la cabeza de partido, y los pueblos comarcanos más importantes. Cuando iba a salir loregonaba en un bando y la gente le llevaba sus encargos escritos en papeles. Estos papeles los iba él alineando sobre la mesa de matar los cerdos y encima de cada uno colocaba las monedas que había que anticiparle para el costo del mandado. Antes de recogerlos se acercaba a la mesa sombrero en mano y aventaba enérgicamente en una y otra dirección; los papeles que no tenían el contrapeso de su dinero, se volaban; los otros, los recogía parsimoniosamente, envolviendo con cada uno sus perras y éstos eran los encargos que hacía.

En esto del pago previo era inflexible. Cuentan que un día, saliendo ya del pueblo, se le acercaron varios muchachos.

—¡Tío Melitón, traigamesté un pito!

—¡Traigamesté un pito, tío Melitón!

Uno de los muchachos alargó su mano, tendiéndole una moneda.

—¡Aquí tieusté una perra gorda pa que me traigasté un pito, tío Melitón!

Tío Melitón cogió la perra, la ingresó debidamente en caja, en un nudo aparte del pañuelo y poniendo después su mano sobre la cabeza del muchacho, dijo solemnemente:

—Tú pitarás, hijo, tu pitarás.

Una situación de compromiso se le planteó cierta vez que la mujer del alcalde le encargó una jarra de Talavera, sin respaldarla con la previa provisión de fondos. En un caso cualquiera, ya se sabía: Papel al aire. Pero tratándose de la mujer del alcalde. Durante el camino, meditó el hombre los pros y los contras del asunto hasta ponerse el meollo como un puchero hirviendo. Las crónicas no registran si, cuando se acercó al alfar, llevaba ya solucionado el problema por abstracción nacida en su propio caletre o si la idea le vino repentinamente de fuera, inspirada por la materialidad de las cosas. El hecho es que de los vertederos del alfar recogió unos cuantos pedazos de cacharros rotos en la elaboración y los metió en las alforjas.

—¿Me traes la jarra?— preguntó, al regreso, la mujer del alcalde.

—¡Y la más guapa que ha salido de Talavera!

Metió la mano en las alforjas para mostrar la maravilla. De súbito quedó inmóvil, con el rostro ensombrecido. Lentamente sacó el brazo y mostró en la mano los pedazos que había recogido del vertedero del alfar.

—¡Mal rayo me parta! ¿Pos no me sa escarchao en el camino?

La alcaldesa contempló, contristada, los restos mortales de su malograda jarra. Mas, repentinamente, una idea consoladora la confortó. Dobló el brazo derecho y sacudiéndolo vivamente dijo:

—¡Anda, que si te la llevo a pagal pol delante!

A lo cual él, serenamente, con la tranquilidad del que ve confirmado un principio inconcuso del que, neciamente, ha dudado un instante, respondió:

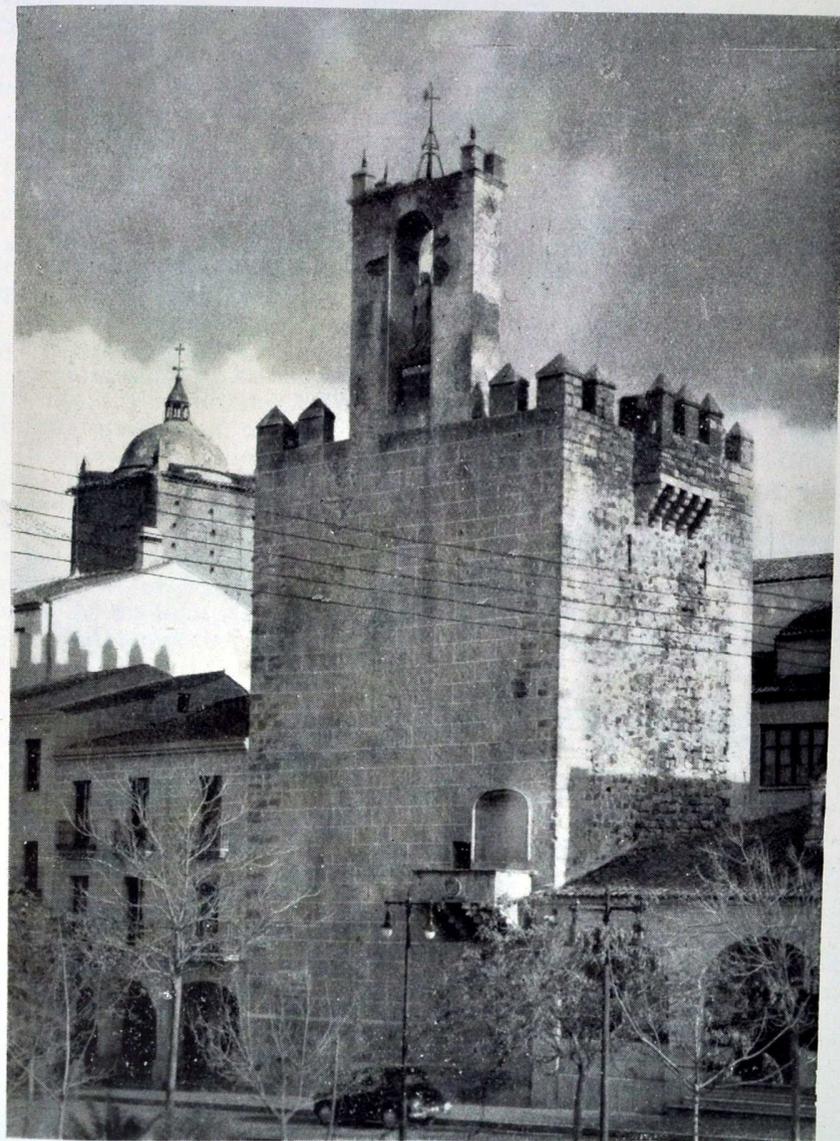
—Pos anda, que si de veldá te la llevo a trael y me se rompe en el camino...

Más tarde, el abuelo Melitón se había hecho contrabandista en la raya de Portugal. Pero de esta época de su vida tengo que desentenderme porque se sale del marco de Valle Verde y nos llevaría demasiado lejos. Con el dinero que sacó del matute se compró la casa y un lagar y se asentó a perpetuidad en el pueblo.

El campo, al abuelo Melitón no le tiraba. Cuando concluía la temporada del lagar se dedicaba al carboneo y a pescar truchas en la garganta o peces en el río con torbisco, coca y la traidora dinamita. Al quedarse viudo requirió a su muchacho y le dijo:

—Quiero que seas carretero. Coges el jato, te vas a la Jardilla y en cuanti tengas entangao el oficio, te vuelves.

Tan sorprendente iniciativa deja ver bien a las claras que el abuelo Melitón barruntaba algo del futuro, ya que por aquel entonces nada tenían que hacer las ruedas en aquellas arriscadas sendas, buenas sólo para ser andadas a lo cuadrúpedo o, todo lo más, a lo bípido. En Valle Verde, entre carros y volquetes, no pasaban del par de docenas y en los pueblos limitrofes, ni pasaban ni llegaban. Pero, en fin, si el oficio era pobre gozaba, al menos, de una ventaja:



ALBUM EXTREMEÑO. —Torre de Abu-Jacob, de Cáceres

No tenía competencia. Tío Melitón lo tomó como una especie de sagrado ministerio y en él perduró hasta el fin de sus días.

—Ca distrumento, con su tocata. El cura canta misa, el médico quita las calenturas y yo gobierno carros.

Tío Melitón era un hombre consecuente. Decía y tomaba la cosas al pie de la letra y como hiciese algo lo realizaba por entero, con el máximo rigor y llevándolo hasta sus últimas consecuencias. Hallándose enfermo en cierta ocasión, le prescribió el médico que se pusiese en la barriga algo seco y caliente. «todo lo que puedas aguantar». Tío Melitón hizo que su mujer le trajese la badila del brasero, después de haberla metido en la lumbre y se la colocó sobre la propia carne abrasándose vivo.

—Pero, Melitón, —se chingueaba después la gente —¿Tú no vías que te socarrabas como un cochino?

Y él, ufano y no corrido, replicaba:

Yo soy un hombre de mucha témpora. A mí no me se viene con murrangas ni con milindres.

Con estos módulos espartanos su vida estaba llena de episodios cuasi heróicos. El que más famoso le hizo ocurrió la primera vez que su mujer se puso en trance de alumbramiento. Sucedió esto una fría noche de invierno, mientras un tempestuoso aguaviento azotaba las calles. A eso de la media noche, la Melitona advirtió que la cosa venía por derecho y requirió a su marido para que fuese en busca del médico y la partera. Tío Melitón soltó un taco.

¡Amos que tienes tú un remango! ¿A estas horas y con este temporal voy a il dando incumbencias?

La Melitona gemía. «Jimpla, jimpla, —se decía el marido—, que lo que es conmigo no te valen cucamonas». Pero, de repente, no fueron sólo los gemidos de su mujer, sino un vagido inconfundible, que hizo pegar un brinco a tío Melitón.

—¡Maldita sea! ¡Te se metió en la chinostra y ha tenió que ser la tuya!

Tuvo que salir de estampía en busca del médico y la partera. Después, durante mucho tiempo, guardó cierto reconcomio a causa de aquello. Nadie le quitaba de la cabeza que su mujer había procedido de mala fe, por capricho y al trágala. Más tarde y ante ajenas experiencias acabó por admitir atenuantes. Pero jamás reconoció el carácter ineluctable de la cosa.

—Lo que pasa —decía— es que las mujeres ni tienen resuello, ni témporas ni na. ¡A mí podía presentáseme a vel si no me lo aguantaba!

Tía Adona, suponiendo que se llamase así, había ingresado en la familia por derecho propio. Era grande y jampuda de talla y proporciones que parecían cortadas ex profeso a la medida de tío Melitón. Viéndolos tan pariguales, el pueblo decidió, por unánime sufragio, que estaban hechos el uno para el otro. A ella, por supuesto que no había pretendiente que se le arrimase, y eso que en su mocedad estaba frescota y jaquetona. Había que verla bailando en la pradera del Egido, cuando abría los brazos, castañeteaba los dedos y

se marcaba la jota. ¡Qué remeneo sandunguero, qué retemblar, qué airazo levantaba! Embobado se quedaba más de uno mirándola. ¿Pero quién se atrevía con aquel monumento, que le sacaba al que menos media cabeza y que se echaba a las costillas un costal de patatas como si fuese un almohadón de plumas? En cuanto al Melitón, como tratase de emparejar con alguna moza o le pusiese ojos tiernos a cualquiera, se veía repudiado sin contemplaciones.

—¿Pero no le ves, el descaaro, que tiene ya el apaño jecho y viene comprometiendo?

Y lo peregrino del caso es que entre ella y él jamás había media palabra, mala ni buena. Eso sí: La primera vez que se hablaron fué definitiva. Melitón, harto ya de que le diesen con todas las puertas en las narices se acercó por fin a la Adona y le espetó:

—Bueno, tú... ¿Qué jacemos al respetive de lo que dice la gente?

Y ella, sin andarse con remilgos, respondió:

—¿Pos casalmos decamino, hijo! ¿Qué es lo que vamos a jacel?

Y se casaron, puesto que no era cosa de ponerse contra el Universo Mundo. El tiempo demostró que el veredicto público no había errado al ayuntarlos, ya que el Melitón y la Melitona se entendieron perfectamente y descansaron el uno en el otro hasta el fin de sus días. El podía tener un temple espartano, pero no era cicatero y en cogiéndole el aire se le llevaba como a una pavesa. Ella, todo lo que tenía de grande lo tenía de mansa e inocentona. Bastaba ver con qué amor y paciencia atendía al abuelo inválido, para darse cuenta de que era una buena mujer.

Cuatro hijos tuvo el matrimonio. Primero vinieron, el uno tras el otro como la sogá y el caldero, el Melitón Grande y el Melitón Chico; después una muchacha que se malogró cuando tenía nueve años y, por último, la Candelitas. El tránsito de la difunta tuvo su pequeña anécdota.

Le había dado un repente traidor hallándose solas en casa la madre y las niñas. El abuelo andaba de carboneo por la sierra, con sus dos nietos y tío Melitón había ido en busca de madera, a una corta que estaban haciendo entre Madrigales y Andaleda. Hacia mediodía, la hermanilla de la Candelas tuvo unas convulsiones y después se quedó rígida, con los ojos vueltos y la boca torcida. La madre permanecía junto a la cama. «Hija, hija...» Llamaba y la otra no respondía. Tocó sus manos, notó que estaban heladas y cubrió el cuerpecillo de la muchacha bajo un alud de mantas. «Hija, hija...» Así pasaron varias horas. A eso del anochecer se le ocurrió una idea a la Melitona. A la muchacha le gustaban con pasión las perrunillas. Abrió la alacena, sacó una y se acercó a la cama, de cuya cabecera colgaba un candil.

—Mira lo que te traigo yo a ti, hija... Una perrunilla pa mi niña...

En vista de que ni con eso se animaba, le arrimó el dulce a los labios yertos, metiéndolo entre ellos.

—Toma, hija... La mejol perrunilla para ti...

La otra permaneció inmóvil, en la misma postura. A Melitona le dió un vuelco el corazón y, sin aguardar a más, salió corriendo en busca del médico.

—Que digo, don Siviliano, que venga usté a vel a la mi muchacha, que no me gusta na el aparato que tiene. —Su voz sonaba compungida, medio en lloriqueo.

—¿Qué le pasa a tu muchacha?

—Un desatalanto mu grande, don Siviliano.

Don Siviliano, —se llamaba don Serviliano, pero buena gana de llevar la contraria a todo el pueblo —, acudió a ver a la muchacha. En cuanto entró en la habitación se dió cuenta de que llevaba muerta varias horas. La madre gimoteaba detrás del médico:

—Místela, don Siviliano... Asina dende mediodía, sin rebullil pie ni mano.

—¿Desde mediodía así... y hasta ahora no me has avisado? ¿Pero es que no te das cuenta de que está muerta, mujer?

La Melitona alargaba los brazos y volvía las manos con los dedos trenzados. Su rostro, antes que el dolor lo descompusiese, expresó una contrahecha mueca de estupor y anonadamiento.

—¿Muelta, don Siviliano? ¿Muelta la mi muchacha? ¿Muelta de veldá? ¡Ay mi hija bonita, mi capullo de Jelicó... y cómo iba a responderme! ¡Si soy bruja... si lo devino tó..., si no me gustaba ná..., si cuando la puse la perrunilla en la boca y ví que no hacía por ella me barrunté algo su malo...!

Como se ve, la Melitona estaba amparada de lleno por una de las bienaventuranzas.

* * *

Para pasar de padres a hijos, nunca está de más poner punto y aparte. Cada tiempo trae sus cosas y, por mucha fluidez que haya en los cambios, siempre resultan, a la postre, diferencias. Precisamente en incorporarse estas diferencias sin quebrar bruscamente la continuidad, radica, a mi juicio, el bienestar de los pueblos.

Entre generación y generación de Melitones, hubo en Valle Verde una destacada novedad: La aparición del manubrio. El manubrio terminó con los bailes de guitarra y almirez del Egido, con las rondas, con las romerías. Murió la jota al aire libre y nació el agarrado entre cuatro paredes. Con el manubrio se introdujo también en el pueblo otro producto de la industria moderna: La gaseosa de bola. La de tapón valía sólo diez céntimos, pero sabía a aguachirle y la juventud, alocada y pródiga, se lanzó a consumir gaseosas de bola, a cuatro perras la pieza. Los viejos menearon la cabeza y refunfuñaron de tales excesos. Tío Melitón llegó a decir públicamente que «aquella mocedá estaba enviciá y perdía». A la «mocedá», sin embargo, no pareció preocuparle gran cosa tan severo dictamen y a los dos hijos del censor, menos que a nadie.

Los dos Melitones, sin negar, ni mucho menos, la casta, acusaban ya ciertas características exóticas en la familia. De pergeño físico igual al del padre y el abuelo, todo lo que éstos habían tenido de

simples y mansuetos, lo sacaron ellos de audaces y levantados de cascos. Sus tropelías de muchachos y de mozos resultaban, por lo numerosas, fuera de todo cómputo. La diferencia de meses que había entre los dos se borró al poco tiempo de tal modo que mucha gente los tenía por mellizos. Eran iguales e inseparables y estaban tan compenetrados que no parecían dos seres distintos, sino las mitades de una sola persona. Hasta cuando uno de ellos caía malo tenía que compartir el otro las medicinas.

Esta identificación resultaba curiosa porque las dos o tres veces que el azar los separó momentáneamente pudo apreciarse que ambos se quedaban como lelos y sin ánima, a merced de cualquiera. Por lo visto, su fuerza radicaba en su unión, igual que la de Sansón en sus cabellos. Juntos eran como un ciego elemento de la naturaleza en guerra con el mundo. A su paso temblaban las personas, salían bufando los gatos, escapaban los perros rabo entre patas y hasta las casas y las fincas parecían estremecerse, como si un ciclón las sacudiese. Donde ellos llegasen, —campo, taberna, plaza o baile,— terminaba la paz y comenzaban el barullo, el revolcón, la carrera, el griterío.

A cada torbellino de éstos, —y hasta que fueron sentando la cabeza los había casi a diario—, aplicaba tío Melitón la universal medicina del garrotazo y tente tieso. Y no en sentido figurado, puesto que administraba el correctivo con el mozo de un carro. Tan acostumbrados estaban el padre a dar y los hijos a recibir, que cada uno ejecutaba su parte sin la menor acrimonia ni destemplanza, como la cosa más natural del mundo. Terminada la paliza, ni malas palabras, ni gestos desabridos. Borrón y cuenta nueva.

Yo mismo fui testigo de uno de tales vapuleos. Los dos Melitones habían estado en La Talaruela, lugar a cosa de una legua de Valle Verde. Armaron allí una marimorena de las suyas y regresaron a sus bases molidos y descalabrados, como que habían andado a coces con todos los mozos del otro pueblo. Tan lastimosa era su estampa que alguien avisó al médico y don Siviliano se presentó en la casa pertrechado de algodones, gasas y potingues para bizmarlos.

—¿Y pa qué nos va usté a cural,—le dijeron los Melitones—, si entavía tie que baldarnos padre?

En tal momento entraba el cabeza de familia. Venía ya al tanto del entuerto perpetrado por sus dos retoños y al pasar por el zaguán había cogido el mozo. Se detuvo para dar una previa repasata visual a sus maltrechos vástagos y, sin levantar la voz ni acalorarse, les dirigió esta admonición:

—Que sus lo vengo diciendo, que sus lo vengo diciendo... Que no sus metáis con naide....

Dicho lo cual, alzó el armado brazo y empezó a sacudir el polvo con el más imparcial de los prorratesos, hasta que entre la Melitona, la Candelas, el médico, yo y varios vecinos que habían acudido, pudimos hacerle amainar. Después, mientras los curaban, los dos muchachos estuvieron contando lo que había pasado. Tío Melitón se reía a carcajada limpia. En el fondo era el más rendido admirador de

las hazañas de sus hijos, aunque, dado su temperamento espartano, tal parcialidad no le desvió jamás del sagrado deber de aporrearlos.

Por lo que va dicho habrá podido comprenderse que ninguna de las fechorías de los Melitones declaraba maldad redomada y buena prueba de ello es que la gente los apreciaba tanto como los temía. Aunque ninguno de los dos por separado —y juntos mucho menos—, tuviese rival en el pueblo, jamás utilizaban esta fuerza para imponer la arbitrariedad o la injusticia en su provecho, a costa de los demás. Ni eran atravesados, ni jaques, ni ventajistas. Simplemente, tenían la sangre fogosa y les gustaba el alboroto, pero a cuerpo limpio y bajo la condición de pechar ellos con todo el peligro y cualquier consecuencia.

Cierta vez hubo fuego en el pueblo. Cuando esto sucedía las campanas tocaban a rebato y acudían con cubos todos los vecinos, formando cadena desde la fuente más próxima hasta el lugar del siniestro. El «quemorro» en esta ocasión se había declarado en el piso alto de una casa; se veía el humo salir por el tejado y el peligro estaba en que las llamas prendiesen en los inmuebles próximos. La única manera de evitarlo era derribar unos tabiques medianeros, a fin de aislar el incendio.

Propuesto el remedio, ¿quién iba a realizarlo? Ni que decir tiene: Allí estaban los Melitones haciendo equilibrios por los tejados, mientras la gente esperaba en la calle, el cogote doblado hacia atrás y el ánimo suspenso. Se les vió a los dos envueltos en la humareda, se oyeron los golpes con que acometían a los tabiques. De repente se derrumbó estrepitosamente una techumbre, brotaron unas llamadas entre negra columna de polvo y humazo. Cuando se disipó, la gente se dió cuenta de que el fuego se había apagado, pero, ¿qué había sido de los Melitones? Por fin aparecieron por la puerta de la calle, cubiertos de tiznajos, chamuscados el pelo, las ropas y hasta la carne, pero triunfadores y felices. Los espectadores prorrumpieron en vítores y el alcalde se acercó a ellos:

—Podéis estar contentos, muchachos.

—¡Toma! ¿Y como no vamos a estarlo, si esta vez no mos espera padre con el mozo?

Más tarde, el dueño de la casa les invitó a una corrombla para darles las gracias por su ayuda. Y como era un chungón sacó un papel del bolsillo y dió a conocer este balance del suceso:

—Daños proveníos en mi casa por el quemorro, total tres cuartos, doscientas tejas, una mesa, arca y cuatro sillas, total mil reales. Destrozos proveníos en mi casa y en las vecinas por el apagado de los Melitones, total dos tabiques, secientos ladrillos, tres puertas, dos ventanas y un tejao, total cuatro mil reales.

Así eran el Melitón grande y el Melitón chico, a los que sintiéndolo mucho, hemos de pasar ahora a segundo término para ocuparnos del último miembro de la familia: La Candelas. Lo de último, claro está, sólo atendiendo al orden cronológico, pues en lo demás no queda otra que descubrirse y dejar a la muchacha el lugar de preferencia.

Porque. . . ¡Vaya cosa fina que había salido Candelitas! Alta como toda la familia, pero puesta de sazón de femenina belleza, sandunguera de movimientos pícaro de mirar, graciosa y bonita porque sí. Un pelliquero del Canchal que venía de vez en cuando por Valle Verde y que era hombre de mundo, como que se había recorrido varias veces todo el partido, se quedó embobado mirándola y declaró, sin que nadie se lo pidiese, que «moza tan bien dibujá como aquella no la había en dengún pueblo». ¡Si hasta parecía delicada y melindrosa, señor! Ahora bien, las cosas en su punto y Dios con todos. Dese su palmito la impresión que diese, Candelas era ante todo, Melitona de pura cepa. Véase, si no:

Cuando empezaba a despuntar ya con sus pujos de coquetería, vinieron al pueblo unos cómicos de la legua y Candelas asistió a la velada que dieron en el salón. No está registrado en ningún protocolo si a Candelas le gustó o no la comedia, pero lo que sí consta es que los rostros blancos de las cómicas la impresionaron vivamente. Se contempló en el espejo, comparó su color con el de las otras y, aunque ella tenía la piel estirada y fresca, decidió, con insobornable honradez crítica, que la llevaban ventaja. Ni corta ni perezosa cogió un paquete de polvos de gas, de los que se utilizaban para blanquear la ropa, y se rebozó la cara con ellos. A causa de lamentable resultado estuvo más de un año sin salir de casa. Pero la piel abrasada regeneró, volvieron a brotarle cejas y pestañas y, fuese por lo drástico del tratamiento o por la temporada de clausura, tuvo la satisfacción de constatar que su sacrificio no había sido estéril: Su tez resultaba ahora mucho más blanca que antes.

Entonces fué cuando la conoció el pelliquero de El Canchal. El pelliquero era también un buen mozo, pero de otras hechuras que los Melitones. Menos tosco, más flexible y refinado. Su negocio, heredado del padre, consistía en ir por los pueblos comprando pieles. El trato de gentes varias le había dado un barniz cosmopolita. Decía «señora» y «caballero», «En el bien entendido» y «Servidor de ustedes», con todas sus sílabas y floreos de pronunciación. Su voz era aguda, atenorada; la voz precisa para gritar aquello de «¡El pieeeleerooo... pelliqee...rooo!», retornando los finales a todo primor. Otro rasgo exótico: Los hombres de la comarca solían vestir blusa corta y chaleco por encima. El pelliquero se cubría con un blusón holgado y que le repasaba las corvas. A pesar de tan esenciales diferencias él y su padre llevaban ya tantos años recorriendo los pueblos que ya no chocaban a nadie.

El canchaleño vió a la Candelas y se quedó atortolado. Desde tal punto y hora los embeleos y entretenimientos que tenía por otros pueblos,—devaneos propios de gente trashumante—, los dió por finiquitados y arrimó todas sus puestas a la carta de la Melitona. Estuviere donde estuviere, los domingos y festivos cogía su mulo al amanecer se plantaba en Valle Verde y allí se pasaba el día, rronroneando alrededor de la Candelas.

Pero a ésta le dió el caprichito de no encontrar de su gusto al pretendiente. Le parecía poco hombre, con aquella blusa que era

como una saya y su voz atenorada y su hablar por finolis y sus modales de señorito.

—Mujel, no está tan mal—le decían las amigas—. Es proporcio-nao y de buen ver.

La Candelas alzaba los hombros, con mohín despectivo.

—¡Bah! Terciao y gracias.

Tía Melitona, que andaba ojo avizor, recabó ciertos informes confidenciales sobre el pretendiente, por conducto de un servicio secreto. Los informes fueron tales que se creyó en el caso de llamar a capítulo a su hija.

—Digo, chacha, que si no te arreglas con el canchaleño...

—¿Con ese escuchimizao?—Arrugó el hociquito y se pasó una mano por delante, como limpiándose—¡Pa sus papos, gazapo!

—¿Escuchimizao, hija, y es tan buen mozo como tus helmanos?

—¡Más quisiera ei tío mandilón, con ese capisayo igual que un papa mundi!

—¡Un hombre bien helmoso... que no hay más que vele... si es como un rey de la Pelsia! Y además, hija, que tiene mu buen pasal, que el tío Zermín, que va por su pueblo con queso, me ha dicho que es de mucho posible, con su buena casa, sus buenos güertos, su buen ganao... lo que se dice una buena proporción, amos.

—¡Pos pa él tó!

—¡Amos, hija, no mos amueles!

—¡Que no, madre, que no estoy por el canchaleño!

Ante tan irreductible esquivez, tía Melitona acudió a su marido y le puso en autos del caso, tal y como ella lo veía.

—Porque esa indina se haiga emperrao en que no, digo yo que no vamos a tiral la foltuna que se nos mete pol la puerta.

El jefe de familia escuchó en silencio, sin dar a conocer su superior criterio. Días más tarde tuvo un aparte con su hija y le habló así:

—Tú, si ese caganios te atosiga, me lo dices y del primer guanta-zo le pongo en su pueblo.

Así andaban las cosas cuando llegaron las fiestas de la Virgen de Agosto, patrona de Valle Verde. Ni que decir tiene que allí estaba el canchaleño desde el primer cohete, compuesto de tiros largos, dispuesto a reñir batalla y propuesto a echar el bofe para rendir de amores a la dama de sus pensamientos. El hombre, hay que reconocerlo, puso cerco a la plaza con todas las de la ley, sin importarle el fisgoneo de los demás, ni perdonar fineza, gracia, obsequio, ni tontería y sin cuidarse poco ni mucho de los desaires que le daban. Fué el protagonista de la fiesta y como no era lerdo ni bobo, sino de buena planta, rumboso y ocurrente, había más de una bailándole el agua. Pero la Candelas, ni mirarle.

Durante el segundo día hubo entre los mozos del pueblo revuelo y conciliábulo. Por la noche, hallándose el canchaleño solo en la plaza, se le acercó un compacto grupo, presidido por los dos Melitones.

—Venimos—le dijeron—, al tanto del piso por el noviazgo.

—Señores—respondió el forastero—El respetive del piso, con el mayor gusto y fina voluntad sería yo gustoso en pagarlo. Pero, que me ajorquen si miento, aunque yo bien lo quiero no soy novio de naide.

—Eso, —apuntó uno de los Melitones—es cosa tuya y de ella.

—Cuanti más, —precisó el otro—, que aquí al que no paga el piso va al pilón de la fuente.

El Canchal estaba a unas cuatro leguas de Valle Verde y, sobre poco más o menos, se regía por las mismas costumbres. El Canchaleño, pues, no extrañó la exigencia. Si en su pueblo se diese una situación análoga él procedería lo mismo, inmersión inclusive. Reflexionó rápidamente sobre ello, mientras los demás esperaban en silencio y, al fin, echó mano al bolsillo y mostró en alto su cartera.

Que saquen tos los perniles y arrobas de vino que hagan falta, que aquí hay pa responder.

Los jijios de los mozos atronaron la plaza. Encargaron el guiso en una taberna y mientras se preparaba, echaronse a rondar por el pueblo bien abastecidos de vino. Y vengan coplas y vengan potaciones y vengan alaridos. El canchaleño iba con ellos y no como un tímido doctrino, antes bien como el más desaforado de todo el grupo. Cabe que el hombre tratase de ahogar las cuitas de su malparado amor. Y venga patear calles, y venga berridos y venga arrebañar cazuelas y vaciar zaques de vino. A la segunda noche las filas se habían clareado y a la tercera quedaban sólo en pie los dos Melitones y el canchaleño.

Las cosas que los tres hicieron aquella noche no son para contadas en prosa, sino en octavas reales. Escalaron paredes, allanaron casas, echaron a dos alguaciles al pilón, se comieron tres gatos, sacaron de sus corrales y esparcieron por el pueblo, caballerías, cabras, ovejas. A eso de la madrugada pudieron ser reducidos por la fuerza pública, aunque no a las bravas, sino, porque exhaustos ya, se habían derrengado los tres juntos, en confuso montón.

Los llevaron al calabozo y allí quedaron candados con tranca y cerrojo. Precauciones inútiles, pues durante todo aquel día con su noche ni se rebulleron siquiera, como que llevaban más de cincuenta horas sin dormir. Y como tampoco habían hecho nada, en suma, que estuviere penado con presidio perpetuo, al otro día, que era el último de las fiestas, los pusieron en libertad.

Tal y como salieron del calabozo se presentaron en el baile: barbudos, despelujados, sucios de polvo, grasa y vino, llenos de desgarrones... pero no exhibiéndose con menor orgullo que el combatiente victorioso después de la refriega. Cuando ellos llegaron el manubrio tocaba un vals corrido y la Candelas daba volatines abrazada con otra moza. El Melitón grande dió con el codo al canchaleño.

—Tú, vamos a departil pareja.

La Candelas los recibió de hocicos, rodeando la cabeza con mucha gazmoñería y desabrimiento. La gente presintió que iba a pasar algo. Calló el manubrio y todos quedaron pendientes de ellos. El

pelliquero, como extrañado de la repulsa de Candelas, interrogaba al Melitón, con voz ahora ronca y carraspeante:

—¿Es que en este pueblo no pue uno bailar con la novia?

—¿Y desde cuando acá soy yo la tu novia, so mandilón?—replicó ella, rápida y airada.

El canchaleño se quedó mirando a la Candelas de hito en hito. No se sabe si es que los hermanos de su amada le habían impuesto sobre los rasgos psicológicos de la interfecta o él mismo los había deducido estudiando de cerca a la familia. El caso es que con la mano izquierda cogió a la muchacha por un brazo y alzando la otra, vuelta de través, respondió:

—¡Desde ahora mismo, o de una gofetá te saco del cuerpo lo que he pagao por el piso!

A su lado los dos Melitones meneaban aprobadoramente la cabeza. Se veía que pensaban: «Es justo, está en su derecho, así hablan los hombres». Pero lo que ellos pensasen era lo de menos. Lo importante, lo que todo el mundo pudo ver es que la Candelas se ruborizaba y bajaba los ojos y se dejaba enlazar mansamente por el pelliquero y se ponía a bailar con él, mientras el del manubrio le daba vertiginosamente a la manivela y los dos Melitones lanzaban jijios todo lo águdos que les consentía su ronquera.

Desde aquel momento hasta que se celebró la boda, la Candelas fué para el canchaleño la más tierna, suavísima y amorosa de las palomas.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ

SUSCRIBASE USTED

I

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º—*Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º—*Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º—*Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º—*Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º—*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.
- 6.º—*Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo. Precio: 30 pesetas.